El escarabajo

Alicia Lebén

Capítulo 1

Max la vio pasar tan rápido como un escarabajo tigre europeo, el estruendo fue tan fuerte que un pitico en el oído le quedo rezumbando por unos minutos tal vez cinco o seis. El reloj se le había destrozado en la muñeca y se podía entre ver que marcaba las 20 horas, Karla parecía estar gritándole a la cara, él solo podía ver su boca moviéndose como la de un animal rumiante, solo podía pensar en la cajilla que llevaba en el baúl y que habría pasado con el huésped que la habitaba y claro en el escarabajo tigre arrojado en pedazos por el suelo.

Karla y yo salimos frecuentemente a hacer ejercicio en el verano, este en particular ha sido bastante caluroso. El encuentro del día es todo un acontecimiento, correr un poco y visitar a mis abuelos en la avenida Jiménez con carrera 15, los viejos siempre nos dan un pedazo de panela y una barra de bocadillo, Karla pega un mordisco de concurso y da inicio a la carrera. Durante el trayecto yo desvío unos metros hacia la librería sobre la 19 con séptima, generalmente cuando el reloj marca las 9 y media. No es que me agrade mucho correr por ahí; es bastante ruidoso y es difícil esquivar a los peatones mientras trato de mantener el ritmo. Karla me observa desde la otra orilla y se detiene para fumarse un cigarrillo.

Mientras espero que termine la conversación con doña Anita la señora del kiosko y le cuente todos los proyectos pospuestos y no nacidos que ha tenido este año, yo aprovecho para verlo. No hemos sido presentados, solo el hecho de pensarlo me pone los pelos de punta. Él se ve un tipo muy serio, pero serio de verdad, no es de esa clase de serios que solo aparenta seriedad para evitar intimar a cualquier nivel, es serio porque parece que está buscando algo demasiado importante como para prestar su atención a cualquier cosa.

Todos los días entro a la misma hora y pregunto exactamente lo mismo, ¿libros de autoayuda? La encargada me mira con cierta desconfianza y me enseña la estantería de libros, ubicada estratégicamente al lado del estante de romance y erotismo. No es que sea amante de esos libros o que me guste que me digan que estoy llevando una vida errada o como cambiarla, me parecen de cierta forma confusos pero es lo único en que pienso cuando necesito entrar y sentarme sigilosamente.

Llevo varios días tratando de descifrar que tipo de lectura le gusta o que hace cada día en el mismo sitio y a la misma hora. La gafas parecen resbalársele del tabique mientras yo lo observo por entre las páginas del libro de Risso, empiezo a pensar que Karla estará esperándome furiosa y se estará fumando el cuarto cigarrillo del día, para después decirme que por mi culpa daño su rutina de ejercicio y soltar un par de lágrimas recordando a su ex, mientras mira en *tinder* algún prototipo para sacarse

el clavo.

Bueno –pienso, mientras sostengo otros cuatro libros que traje de la estantería y que no tengo ni la menor idea de lo que tratan, es hora de presentarme. Pienso en cómo le diré mi nombre y la curiosidad en demasía que me causa verlo a través del vidrio mirando con tanta atención un libro que parece sostener como si se tratara de un niño pequeño y la forma en que toma apuntes y se toma la barbilla como si estuviera a punto de descubrir la cura del cáncer o de la hambruna del mundo.

Son casi las 10 de la mañana y la encargada sale a tomarse un tinto y en el recinto solo queda su alma y la mía, el corazón se me acelera demasiado y siento que la cara se torna un tanto escarlata, empiezo a exudar demasiadas pequeñas gotitas que me recorren la cien y la espalda baja y uno de los libros se me cae al piso haciendo demasiado ruido, todo es demasiado en ese momento.

Lo del libro no estaba planeado, lo había pensado de mil maneras y esa nunca se me había ocurrido. Se acercó con cierta desconfianza, mirando de lado a lado, buscando el quien o por qué se le había interrumpido. –¿Cómo te llamas? , ¿Eres de ese periodicucho de mierda? ¿Te envió Martínez? Tres preguntas ni una sola respuesta.

Se acercó demasiado rápido y cogió los libros uno a uno buscando dentro un contenido que yo desconocía, me miro entrecerrando los ojos y estirando un poco el labio hacia arriba, me miro con desprecio.

En la universidad había estado asistiendo a la clase de psicología de la señora Peña, (el bagre); una mujer de armas tomar, con crianza y academia militar y la voz más gruesa que la de su propio padre. Lo más interesante de la catedra eran las continuas enseñanzas que nos impartía en el conocimiento del rostro humano y las micro expresiones que delatan a cualquiera. Me obsesione por unos meses y empecé a buscar en cuanto e-book o libro texto me encontraba, tome miles de apuntes y asistí a cuanto seminario se daba a respecto.

Aprendí bastante bien, sobre todo sobre el hecho que nada de lo que se mira superficialmente es cierto y que siempre hay algo más allá por descubrir. Empecé a probar con mis compañeros y compañeras de clase, luego con mis amigos más cercanos, Karla era de mis favoritas, mentía cada vez que le era posible, mentía hasta cuando trataba de decir la verdad, mentía para sobrevivir. Y es que así es más fácil –pensaba mientras me revolvía el pelo tratando de pensar en qué respuesta le daría a sus preguntas.

El seguía esperando con las manos en la cintura; una clara señal de fuerza y templanza, en vez de asustarme me intrigo aún más, mis ojos

empezaron a buscar la forma de no delatarme en el trascurso de la conversación que vendría.

No era claramente un hombre que se dejara llevar por lo pantalones cortos o las camisetas mojadas, menos por un rostro que puede mentir sin que si quiera te des cuenta. Era de los míos, tenía un propósito y era mi deber moral averiguarlo, eso de seguro cambiaría el juego a mi favor. Karla se cansó de esperarme y me hizo uno de sus famosos ademanes con la mano derecha, la otra la había perdido en un accidente de auto donde habían muerto sus padres. –ella siempre decía que esa había sido la razón por la que Rodrigo, su ex la había abandonado.

Y es que nada mejor que mentirte a ti mismo, y nada más fácil, somos tan buenos mentirosos que a veces nos creemos nuestras propias mentiras, Karla había decido creérsela y como resultado se había convertido en su realidad. Ella también esperaba a alguien en esa misma calle de la mano del cigarrillo y la conversación con Anita, buscaba su esperanza perdida, la mujer que había sido y que había quedado replegada entre los transeúntes y las voces, los ruidos y las palomas, *tinder* y el amor esporádico, los libros, él y yo , todos absolutamente todos.

Como a eso de las 10 y media ya estábamos conversando tranquilamente, yo había logrado convencerlo de que era una periodista del periodicucho de mierda , que estaba cansada de los malos tratos que como prensa se le daba a los ciudadanos de bien como él, que Martínez era un huevon y me creía su aliada, que ese era el motivo que me llevo a su encuentro en aquella librería, que lo había seguido por días tratando de explicarle lo que estaba sucediendo, que lo quería proteger y que si nos aliábamos seriamos invencibles.

No sé explicar que sucedió en ese momento y porque mentí desaforadamente, no había sido para salvarme el pellejo, pues él parecía de lejos inofensivo, solo quería saber que se sentía escucharle la voz y tener su mirada fija en mí solo por ese instante. De repente una voz menos dulce y femenina escupió sobre nosotros–qué pena la interrupción Max pero necesito cerrar, todos estos días esos cerdos que te buscan han venido a preguntarte a la misma hora, vienen, revuelcan todo y dejan la misma advertencia que creo que hoy si deberías escuchar

–susurro la encargada con los labios arqueados levemente hacia abajo, casi imperceptibles, mientras sonreía tratando de ocultar la sensación de miedo que le recorría el cuerpo.

La encargada le entrego una cajita pequeña, que sostenía apenas para que no se cayera al suelo, Max pego un grito eufórico –ten cuidado, es importante y tú lo sabes, yo me la llevo y tú puedes estar tranquila. Si vuelven diles que la misión será cumplida hoy mismo, que ya he encontrado la salida y la forma de que nadie sospeche, que nadie se

espera esto pero todos los necesitan.

Sentía que era hora de abandonar el lugar, ya era tarde y Max y yo habíamos por fin sido presentados, igual este no sería nuestro último encuentro o eso pensaba hasta ese momento. Pensé que era un hombre de misterios y que lo de la bendita caja lo dejaríamos para la siguiente ocasión, bien estaría dejarle un par de secretos al muchacho.

Me despedí como una amiga de toda la vida, le tome la mano y alargue mi cuello para darle un beso en las mejillas, él me devolvió el "agravio" arqueando levemente los labios hacia arriba, impulsando uno de los lados, las cejas arqueadas y los ojos abiertos pero no demasiado, como el culminante de un momento satisfactorio de explicita seducción.

Salí corriendo de ahí apresurándome para contarle todos los detalles a Karla, quien desplomaría todas mis esperanzas en un segundo, me diría que él sería la causa de mi sufrimiento, que me apoyaría entre lágrimas cuando todo acabara para mermar el que me sintiera vacía y sola, casi como ella.

Pero nada de eso importaba, mientras Karla me diera miles de consejos para no ser vulnerable, para no sufrir o para descubrirlo en el engaño, yo estaría pensando en nuestro próximo encuentro, en las 9 y media, en los libros de Risso y la encargada de la librería, en los cerdos de las 10 y media, en la bendita caja y en esas hermosas cejas arqueadas. Y eso sería todo, el comienzo de una presentación entre nosotros que duraría días, semanas enteras y porque no toda una vida.

Ya alcanzaba a ver a Karla parada en la puerta con el cigarrillo en la mano, yo con una explicita sonrisa en la boca, genuina como hace tiempo no había sido, cruce la calle mientras mis pies parecían los de Hermes enamorado embelesado entre los brazos de un cupido complaciente, sin darme aviso un golpe certero me corto las alas y cupido soltó mi mano pegando un chillido que dejo todo en silencio. Ahora besaba el suelo y no a mi amado, no veía sus grandes ojos y cejas arqueadas o sus gafas resbalándose por su nariz aguileña, escuchaba a Karla y a su cigarrillo, diciendo –te lo dije.

Los gritos se escuchaban muy lejos, los de ella, los de Max, los del cigarrillo y los de mis pies alados, me disipe en pedazos, en fragmentos de la materia.

Un olor extraño me lleno los pulmones y me cerro por completo los ojos, me era imposible moverme mientras miles de escarabajos puntiagudos llenaban el aire, Max sonreía de la misma forma que en la librería, me tomo de la mano, me susurro al oído, me dijo muy despacio que yo había salvado el mundo, que la lección que vendría nos haría mejores, que ya

no tendría que verlos envueltos en sus miserias.

Hermes alado me había llevado a ese camino para soltar al huésped, que aquella cajita contenía un aire que lo cambiaria todo. Me beso las mejillas como yo lo había hecho antes, me dijo –tenías razón, Martínez es un huevon, trato de evitar lo inevitable.

Como no me di cuenta –pensaba mientras los pulmones se me llenaban de intenciones, de Max y su mentiroso rostro, el desprecio por la humanidad y su carga, su enamoramiento ficticio y su alianza con cupido.

Solo espero que al menos la verdad llegue detras de esa niebla y de los escarabajos puntiagudos, que alumbre entre las mentiras de los "hombres" y calles bulliciosas, entre cigarrillos cansados y Karlas inconclusas, entre Max y su fin de los mundos, entre el aire viciado y los fragmentos de esta realidad que ahora esta rota.Finalmente el silencio lo colmo todo, los escarabajos, Max, Karla, las calles, los abuelos, los cigarrillos, los pies alados.

Días después de eso la gente empezó a morir, él y yo y nuestra historia morimos ese día.

Alicia Leben. Derechos reservados.